

# Chile, la alegría (neoliberal) ya viene.

**Miguel Castello**

Chile, hoy, después de 40 años del golpe militar. Si de lo que se trata es de pensar este Chile de hoy con la plena memoria de lo que fue el golpe de Estado, me parece que de lo que estamos hablando es de saber cuál es su significación en el presente. Hay algo curioso en volver a ese momento del '73 para insistir en lo irrevocable del pasado, como si el pasado se hubiera quedado realmente atrás, como si los culpables o responsables del pasado debieran ser los únicos en tener que dar cuenta de lo que ocurre en el presente, y los otros, los que no tuvieron nada que ver porque no estaban directamente relacionados, pudieran seguir haciendo del presente su propio negocio rentable. Me parece que esto se debe a una cierta significación del golpe militar, que es necesario cuestionar. Que es necesario volver a preguntarse por lo que parece obvio, es decir: qué fue el golpe militar? Para aquellos a quienes el golpe militar debe quedar definitivamente dissociado del presente, para limpiar la imagen actual de la injusticia y de la desigualdad en Chile, la respuesta a esta pregunta consiste en decir que el golpe fue una ruptura política respecto de la organización democrática del país, interrupción política que se habría corregido a partir del año 1988 con el plebiscito del Sí y el No. Para aquellos que queremos insistir en dar cuenta de la injusticia y de la desigualdad existente en el Chile de hoy, el golpe no fue solo una interrupción política de la democracia, sino la interrupción de un proyecto que se llamaba socialismo. Respecto de ese proyecto, no ha habido ninguna corrección, sino más bien agravantes. Lo que el golpe militar significa es, por esos agravantes - que van mas allá incluso del proyecto específico del socialismo de Allende-, el comienzo de la implementación, primero jurídica y luego institucional, del neoliberalismo en Chile. Me parece que si de lo que se trata entonces es de reunirnos a pensar en el Chile de hoy, teniendo como hito el golpe militar, ese hito ya no puede ser el centro de la reflexión, sino tan solo eso, un hito, dentro de algo más general, que es la significación del golpe hoy, es decir, el neoliberalismo. Es en esos mismos términos, que Chile es solo un hito en el desarrollo del neoliberalismo mundial, y no necesariamente el más claro o el más efectivo. En otros términos, pensar en el Chile de hoy, no significa mirar el neoliberalismo desde Chile, sino más bien al revés, mirar a Chile desde el neoliberalismo. Y, en consecuencia, dejar de mirar a Chile como una excepción –la del golpe militar, que habría permitido el desarrollo del neoliberalismo -, y observarlo como un caso del neoliberalismo entre otros posibles. Es decir, mirar a Chile, y mirarlo para atrás, en la historia de estos 40 años desde el golpe militar, significa mirarlo desde el mismo neoliberalismo que se expresa desde hace también algún tiempo en Estados Unidos y en Europa. Es un acto político relevante decir hoy que la ruptura política ocurrida en Chile con el golpe no se resuelve ni se resolvió con el plebiscito ni con la democracia de los consensos, pues la ruptura política es al mismo tiempo una ruptura con todo lo que los movimientos sociales y políticos habían obtenido durante décadas en Chile en términos de justicia y de igualdad, política, social y económica.

Es en ese sentido, igualmente, que se puede pensar en ese momento del plebiscito, desde hoy, como un hito también importante del desarrollo del neoliberalismo. Es desde esa perspectiva que me parece interesante pensar en el slogan de la campana del NO, "Chile, la alegría ya viene". Hay, en la película de Pablo Larraín, "NO", una explicitación muy interesante de lo que esa alegría significa. En principio, la película trata de la campana publicitaria del No, y más aun, de la relevancia que adquiere un joven publicista en la

orientación de la campaña. Esa orientación queda muy clara desde el inicio de la película: hay que ganar el plebiscito, y no es volviendo al pasado, es decir, a las razones del golpe, que se va a lograr. No, hay que mostrar la alegría que viene, desligada de los movimientos sociales y políticos reales por la justicia y la igualdad. La película de Larrain ha sido criticada por aquellos que dicen que no expone suficientemente el contexto político de la campaña y menos aun las condiciones reales de las relaciones de fuerza, en las que la oposición jugó un rol fundamental para que se llevara a cabo el plebiscito. Lo que a mí me parece es que el tema de la película no es ese, es decir, las peleas reales que se daban en la calle, sino la realidad de la lógica política que en ese momento se está fraguando. O en otros términos, que si la película se concentra en la campaña publicitaria, no es porque “reduzca” toda la campaña por el NO a una campaña publicitaria, sino porque la política que allí se está jugando para el futuro de la política en Chile es precisamente lo que se le critica a la película: la implementación de la reducción de la política a una política publicitaria y plebiscitaria de la oligarquía. Mi idea es mostrar en qué sentido esa política de “la alegría ya viene” es coherente con la implementación del neoliberalismo, o en otros términos, con la alegría neoliberal: reducir la alegría a una operatoria de satisfacciones singularizadas, individuales o grupales, de tal manera que permita la implementación de una oligarquía política coherente con el desarrollo del neoliberalismo.

Para explicitar el desarrollo de mi argumentación, me parece necesario especificar por una parte cual es la lógica interna del neoliberalismo, cual es el principio que lo moviliza, cuales son los mecanismos que permiten la implementación de este principio y cuales el objetivo de esta implementación. Para ello, me interesa en primer lugar, disipar el terreno de dos falacias recurrentes sobre el neoliberalismo.

La primera falacia es que el neoliberalismo consistiría en oponer los intereses individuales a los intereses del Estado, de manera que se puedan privilegiar la defensa de los intereses individuales. La segunda falacia es que el neoliberalismo consistiría en suprimir o disminuir al mínimo el rol del Estado en la organización interna de la sociedad.

Respecto del primer punto, importa decir que el neoliberalismo no consiste en privilegiar los intereses del individuo, sino en la privatización de individuo mismo dentro de las relaciones de la concurrencia capitalista. Esta privatización es una privación a la vez de lo público y de lo privado del individuo, en función de una expropiación generalizada de la riqueza social. Privación de lo público en los términos de una reducción del individuo a un espacio que lo desligue de los espacios públicos de decisión en los cuales él mismo se constituye como sujeto social. Privación de lo privado en el sentido de una puesta a disposición del individuo a su reducción en un agente de capitalización y de expropiación. Mi idea es mostrar cómo operan conjuntamente esas dos formas de privatización y esa expropiación en el neoliberalismo.

Respecto del segundo punto, es imprescindible mostrar que el Estado, para los neoliberales, debe jugar un rol activo en la implementación de los mecanismos propios al neoliberalismo. Que ese rol no se reduce en ningún caso a “ponerse a un lado” y dejar que el mercado funcione solo, sino muy por el contrario, el rol del Estado es facilitar a través de mecanismos muy precisos la realización de un mercado neoliberal.

En términos teóricos es importante insistir en la redefinición neoliberal del concepto mismo de mercado. El mercado no es para los neoliberales un espacio natural que se organiza

espontáneamente. No es tampoco un espacio físico en el cual se produce el intercambio de bienes producidos socialmente. El mercado es para los neoliberales un espacio que hay que “construir” a partir de un principio formal, que ellos llaman el principio de la concurrencia de capitales. Es en este sentido, que si el mercado no es un espacio natural, espontaneo, de intercambio de bienes, sino un espacio a producir para la concurrencia de capitales, lo que importa es determinar cuáles son los mecanismos que deben utilizarse para realizar ese principio formal de la concurrencia. El Estado es, para los neoliberales, esencial en esa realización, en el sentido de implementar los mecanismos que permitan la privatización de las relaciones de carácter público, en primer lugar de la acción pública misma en relaciones de capitalización. No se trata, por esto, solo de privatizar las instituciones o los bienes de carácter público, sino también, y esencialmente, de privatizar las relaciones entre la acción pública del Estado y los grupos o individuos de una sociedad.

Podemos ahora entonces enunciar la lógica, el principio, los mecanismos y el objetivo del neoliberalismo de manera breve. La lógica del neoliberalismo puede definirse no solo como una lógica económica, sino como una lógica política: el liberalismo es una lógica en su manera de gobernar. Esta lógica está fundada en un principio que debe orientarla en todos sus aspectos: el principio de la concurrencia. El mecanismo general es la privatización de las relaciones privadas y públicas para su conversión en relaciones de capitalización. Ese mecanismo puede adquirir diferentes nombres, como por ejemplo, singularización o autonomización. Singularización cuando se trata del mecanismo que opera por ejemplo entre el Estado y el individuo (bonos, subsidios, becas, ayudas). Autonomización cuando se trata de la relaciones entre el Estado y las diferentes instancias, más o menos institucionalizadas (autonomía de las universidades, autonomía de los municipios, autonomía de proyectos locales). Pero también, en el sentido, de la singularización de las relaciones entre los individuos entre si, como por ejemplo en todo lo que se refiere a la familia, las reglas de conducta, los contratos de trabajo. Esos mecanismos de privatización-singularización-autonomización, no son en sí ni el principio ni el objetivo del neoliberalismo. El principio es, como decíamos, la creación permanente e indefinida de un espacio de concurrencia de capitales, y el objetivo es la expropiación de la riqueza social hacia las instituciones de capitalización y de gestión de los flujos de capital. Como los mecanismos de privatización-singularización-autonomización, no bastan para esta expropiación, aunque ellos sean suficientes para la creación del espacio propio al principio formal de la concurrencia, es necesario que ellos contengan a su vez un mecanismo que los haga internamente dependientes de la expropiación: dos de los mecanismos más importantes en esa dirección son, por una parte, el endeudamiento, y, por otra, la gestión de aspectos “vitales” de los individuos, tales como la salud o la vejez (sistemas de capitalización de la salud y de la jubilación).

El neoliberalismo es al mismo tiempo una teoría de la organización política del estado y una teoría de la organización social. Es importante insistir sobre este doble carácter de la teoría neoliberal, porque es necesario entender la coherencia interna de esos dos aspectos, la necesidad de la doble implementación neoliberal. En términos teóricos, el neoliberalismo consiste en considerar que los procesos de organización social y política se fundan en la organización de la heterogeneidad de los intereses singulares. La pregunta que los neoliberales se plantean es: como conseguir a partir de la irracionalidad individual y en consecuencia, de la irracionalidad social, una forma de organización social que permita regular por ella misma la sociedad, de modo tal que se consiga al mismo tiempo una cierta

estabilidad social, una fuerte productividad económica y la expresión de la heterogeneidad de los intereses de los individuos que componen la sociedad? No se trata en ese sentido de separar el Estado y la sociedad, de manera tal que, como para los liberales clásicos, se puedan oponer los intereses individuales e incluso algunos intereses colectivos, a los intereses del Estado, para limitar el poder estatal. De lo que se trata es de hacer que el principio formal de la concurrencia permita expresar la heterogeneidad de los intereses existentes al interior de la sociedad, sin que esa heterogeneidad inhiba la posibilidad de la organización social, y que ese principio formal sea al mismo tiempo un principio de organización política. Se trata de encontrar un principio de coherencia interna por medio del cual los intereses individuales correspondan a una cierta racionalidad social y política. En otros términos, de lo que se trata para los teóricos neoliberales es de hacer de la concurrencia un principio formal que permita obtener un imperativo social sin necesidad de la mediación de la moral individual ni de una racionalidad subjetiva.

Dado que la heterogeneidad de los intereses existentes al interior de la sociedad, heterogeneidad que es constitutiva de la sociedad misma, puede conllevar a la crisis de la cohesión social, la manera de lograr mantener esta cohesión social a partir de la heterogeneidad de intereses es que esos intereses se encuentren de hecho constreñidos en su realización misma – y no por una autoridad exterior - a participar de la organización productiva. El principio de la concurrencia tiene la ventaja de que es un principio operatorio. Pero, precisamente, como la concurrencia no es natural, en el sentido en que ella no se da de manera espontánea en la sociedad, el Estado debe tener un rol activo en su puesta en práctica. El mecanismo que permite concretamente la implementación de la concurrencia es la conversión de toda actividad individual y social en “flujo de capital”. En Chile esto es bastante manifiesto en la educación. Si en Chile la educación obedece a un modelo neoliberal no es solo porque las instituciones educativas están en gran parte en manos privadas, sino esencialmente porque ella obedece al mecanismo de conversión en capital de manera precisa: educarse es invertir, y para invertir es necesario obtener un capital que pueda ser invertido. Si ese capital no se posee, la capitalización podrá obtenerse por medio de créditos, que son formas de capitalización y de recapitalización futuras. El Estado no debe intervenir para perturbar los mecanismos propicios al flujo posible de capitalizaciones, sino por el contrario debe crear todos los mecanismos para que ese flujo se extienda lo mejor posible a toda la organización social. Es por esto que el Estado no debe en ningún caso ofrecer ni educación gratuita ni créditos que inhiban los procesos de flujo de capital, sino ofrecer la garantía que ese capital podrá circular por los medios que son los más propicios, se entiende, por medio del sistema bancario y financiero. El Estado en ese sentido no es exterior al mecanismo de la concurrencia, muy por el contrario, es un agente activo en dos sentidos: por una parte, implementando un régimen de educación que obliga a los estudiantes a transformarse en agentes de la concurrencia, y por otra parte, haciéndose él mismo agente de la concurrencia en su transformación en garante de una transferencia permanente de los recursos del estado hacia el sector bancario y financiero.

El principio de la concurrencia debe ser aplicado en todos los ámbitos: instituciones del Estado, educación, salud, justicia, criminalidad, entre otros. Su aplicación consiste en aislar los elementos de cada uno de esos ámbitos, singularizarlos, para luego hacerlos operar según el principio de la concurrencia. Quisiera insistir en que el aislamiento no es el fin de la política neoliberal, sino uno de los mecanismos esenciales para obtener el verdadero fin que es la concurrencia, la competencia entre ellos por la obtención de capital. Este aislamiento

permite que cada unidad social, individuos, grupos o instituciones, se convierta en una unidad de capital dentro de un flujo general de capitales. Se trata de que incluso las unidades que en principio no “poseen” un capital, como suele decirse, puedan operar según la lógica del capital. Como conseguirlo? El ejemplo de Chile es en ese punto paradigmático: el endeudamiento. El mecanismo más propicio para hacer que cada unidad social se transforme en unidad de la concurrencia es convertirlo en agente de capital, en unidad capitalizable. El endeudamiento es el mecanismo concreto que permite lograrlo. Los individuos, los grupos y las instituciones son unidades concretas de la concurrencia gracias al hecho de que son ellos mismos unidades financieras gracias al endeudamiento. Que el endeudamiento en Chile se haya extendido hasta los sectores más pobres y que sea la regla en los sectores sociales medios, no es una consecuencia del liberalismo, sino el mecanismo necesario para hacerlo funcionar.

Sin embargo, aunque es el mecanismo más importante, no es el único. El segundo aspecto de mi presentación consiste en mostrar que los mecanismos de orden legislativo e institucional están ligados a otros mecanismos sin los cuales sería, según mi parecer, muy difícil obtener los resultados que se han obtenido en Chile durante estos 40 años, en especial durante los últimos 23 años. Quisiera aclarar que no me refiero a procesos propiamente psicológicos, sino al mecanismo que hace que la singularización y la concurrencia sean vividos como imprescindibles. De lo que quisiera hablar es entonces de un mecanismo que no opera en el individuo propiamente tal, sino directamente en una modalidad básica de las relaciones sociales: la comunicación.

Lo que quisiera mostrar en primer lugar respecto de este punto es que es necesario pensar la neo-liberalización de la comunicación en Chile no tanto en términos de la privatización de los medios de comunicación, que es sin duda de un carácter simplemente obsceno, sino más bien en los términos de la inserción del principio de la concurrencia al interior de los procesos propios a lo que llamamos comunicación. Me parece que la cantidad de información o la diversidad de contenidos propuestos por los medios de comunicación son problemas secundarios si consideramos el análisis de la generalización del principio de la concurrencia al interior de los procesos internos a los medios de comunicación. La idea central es la misma que ya he enunciado: la comunicación debe ser ella misma la manifestación de la concurrencia de intereses heterogéneos y múltiples, de tal forma que pueda funcionar bajo la forma de la pluralidad informativa, sin con ello perturbar en lo más mínimo la lógica de la concurrencia. Muy por el contrario, esa diversidad debe fortalecerla. En ese sentido, me parece importante considerar los medios de comunicación, no como el vehículo o el medio de imponer, a través de la transmisión de ciertos contenidos, la ideología neoliberal, sino comprender cómo los medios de comunicación son los operadores culturales prácticos del neoliberalismo, en la doble medida en que por una parte, ellos mismos operan según la lógica de la concurrencia informativa, y por otra, en que la información es percibida y utilizada como una unidad singular dentro de esta concurrencia informativa. En otros términos, me parece posible mostrar que la comunicación es en el neoliberalismo, un mecanismo de conversión de la información en capital. El procedimiento es el mismo que ya he expuesto: transformar a la comunicación en unidades aisladas para poder luego insertarlas en el juego de la concurrencia, de tal manera que haya una coherencia fuerte entre la diversidad de la información y la continuidad formal entre una información y otra. Dicho de manera muy simple, que sea posible pasar de la ley de pesca a las encuestas electorales, y luego al partido de fútbol de la selección, y luego al rating de las

telenovelas, y luego a las marchas de los estudiantes, y luego a la conmemoración del golpe de estado, y luego de vuelta al campeonato de fútbol nacional y a la Copa Davis, todo ello acompañado permanentemente de publicidad. Es decir, que cada una de esas informaciones pueda regularse según la lógica de la concurrencia de intereses diversos y heterogéneos, sin producir ningún conflicto o contradicción entre ellas ni entre los ámbitos sobre los que tratan. Deben ser informaciones relativamente breves, en ningún caso explicativas o argumentativas, marcadas de alguna tonalidad emocional o afectiva particular y organizadas según un orden visual (y auditivo en los casos en que se pueda) que permita fácilmente desplazarse entre ellas, detenerse en alguna para luego desplazarse sin trabas hacia otra. El hecho de que las informaciones estén organizadas según algunas reglas que permiten su clasificación en categorías como deportes, política, sociedad, cultura, espectáculo, no impide el funcionamiento general de la concurrencia, sino que por el contrario, lo estimula. Pues se puede pasar de una categoría a otra en tan solo algunos minutos. La ganancia ideológica obtenida por el neoliberalismo no está en el control directo de los contenidos, o en el de la información, sino en la puesta en práctica de la concurrencia informativa, en sus dos aspectos, como concurrencia entre los periodistas y como concurrencia entre las unidades informativas mismas. En otros términos, la ganancia ideológica es que la información pueda funcionar como un capital, es decir, como capital informativo. Es en esos términos que me refiero a la idea de un operador cultural, pues el mecanismo de conversión de la comunicación en capital informativo crea las condiciones efectivas, y no simplemente ilusorias, de la sensación de integración social, la sensación de vivir cada uno, también en cuanto unidad informativa, en un mismo mundo, sin que haya ningún compromiso existencial concreto en la creación de ese mundo común. Este operador cultural permite al mismo tiempo la conservación de la estratificación social, según los usos del capital informativo, en el sentido del uso de la diferenciación de la información como garante de la capacidad concurrencial. No pretendo decir que este mecanismo esté aislado de los otros mecanismos del neoliberalismo, sino todo lo contrario, que él corresponde a una misma lógica. Es posible afirmar, por ejemplo, que la privatización de la educación, en el sentido de la privatización de las relaciones entre las instituciones educativas y los estudiantes, concebidos como unidades de capitalización, y como antes lo intenté hacer percibir, como unidades de endeudamiento y de circulación de capitales en el sistema financiero, forma parte de un mismo proceso junto con la capitalización de la información. Baste enunciar rápidamente la oferta educacional, por medio de formaciones técnicas y de post-gradados, totalmente sometida a la competitividad del mercado educacional para darse cuenta que hay una coherencia entre la capitalización informativa y la capitalización de títulos profesionales, en el sentido de que esas formaciones no enseñan propiamente un oficio, sino más bien un cierto manejo de la información de la cual el título mismo forma parte. La conversión de la información en capital juega un rol importante en la percepción de las relaciones del individuo con la sociedad, pues crea una realidad particular en la que la existencia social del individuo pasa por la singularización de esas relaciones. Esta singularización es coherente con una existencia concebida como capitalización en la medida en que lo que la información permite en términos prácticos, para el neoliberalismo, es la percepción de una vida social a la que no se puede acceder de otra manera que invirtiendo en ella, invirtiendo la existencia personal sin ningún compromiso existencial.

Es por esto que frente al mecanismo de singularización de la información que permite su conversión en factor de concurrencia y de capitalización cultural extendida por la singularización del individuo y la autonomización de los grupos, la alternativa no puede

provenir sino de la colectivización al mismo tiempo de la producción informativa y de la difusión de la información. En concreto, esa colectivización se manifiesta como la puesta en relación de lo que en el neoliberalismo aparece como una unidad informativa singular y cuyo único valor proviene, en el neoliberalismo, de su circulación concurrencial. La colectivización es un fenómeno que aparece en el hecho mismo de oponerse a la privatización (singularización), como es característico de los movimientos políticos. Esto hace que las informaciones que aparecen, en principio, aisladas e inconexas entre sí, aparezcan por la colectivización, integradas en un conjunto de relaciones comprensivas, explicativas o analíticas. No es extraño por esto mismo que una prensa, más analítica y argumentativa, emerja precisamente con la emergencia de movimientos sociales y políticos que se oponen al neoliberalismo.

El caso de la televisión, como elemento operador cultural me parece aun más explícito, y quisiera detenerme en este caso, por una razón particular, que es que le da el sentido al título de mi conferencia: Chile, la alegría (neoliberal) ya viene.

Hay, a pesar de lo que deseamos creer, una alegría neoliberal, y que no es solo ni necesariamente la de los que obtienen los mayores beneficios del neoliberalismo. Esa alegría neoliberal es la alegría de las que en una traducción neoliberal se pueden llamar las unidades concurrenciales de capitalización. Capitalización de qué? Del placer. Lo que quiero proponer como hipótesis de análisis es que la televisión opera como un mecanismo de singularización del placer que es coherente con la diversidad de intereses posibles en el caso de la entretención y de la oferta propuesta por la industria cultural. Existe una manera de singularizar el placer para producir su conversión en capital de goce. Esa manera consiste en producir instancias parciales y limitadas de satisfacción, dentro de márgenes precisos que puedan inscribir el placer en una continuidad creada por la aparición inagotable de esas instancias. Dicho de otra manera, una determinada lógica de la oferta televisiva que permite pasar de una instancia de placer a otra instancia de placer sin ninguna traba o dificultad: que se pueda pasar de la telenovela a la publicidad y de la publicidad al noticiero, y del noticiero al programa llamado investigativo, con la publicidad siempre de por medio, del matinal a la publicidad y de la publicidad a la tele-realidad, sin que la diversidad de todos esos contenidos impida una desconexión de placer entre unos y otros, y sin que, sin embargo, se obtenga un placer general en el conjunto de ellos. Muy por el contrario, lo que se produce es que entre todas esas instancias múltiples y diversas se organiza una unidad, por medio de la sensación de placer que cada una de ellas singularmente produce. Esa sumatoria no es propiamente una acumulación de placer, sino, muy por el contrario, una parcelación del goce que hace que la sumatoria sea siempre puramente operatoria y no cualitativa. Lo que queda como resultado no es la acumulación de esos instantes de placer (risas, catarsis, sensación de identificación, sensación de compañía, sensación de éxito o de conquista) en una sensación de bienestar general, sino la operación misma que hace que un instante se prolongue en otro instante y así en un continuo, dejando más bien la sensación de agotamiento o de angustia en el instante de apagar la conexión o de detener el flujo continuo. La alegría del neoliberalismo es la alegría que se opone al goce de una existencia percibida como una existencia social concreta, que al mismo tiempo se opone a la alegría de una vida plena compartida con los demás. Lo que quiero decir es que esa satisfacción neoliberal de placeres parcelarios continuos es real. Esos placeres no son ficticios, son reales. Pero reales en su singularización, en función de lo que significa la capitalización de la cultura. Los telespectadores ríen, se consuelan, se excitan, se liberan de las tensiones de

esa excitación, se descargan, por medio de esos placeres parcelarios, y por el efecto de procuración depositado en los personajes de la televisión, y eso, quiero decirlo claramente, funciona. Lo que funciona es la capitalización del placer, es decir, la desconexión del placer con instancias de colectivización del placer en función de su utilización, para crear una continuidad con el mecanismo de endeudamiento (que opera con la misma lógica del placer parcelario) y a la vez para profundizar los mecanismos de precarización laboral y social. Lo que quiero decir es, en definitiva, que ese tipo de placer es real porque coincide con su precarización. Mientras menos instancias colectivas de experiencias de placer hay (disminución correlativa con la precarización de las relaciones sociales y económicas) menos instancias de expresión colectivas del placer (disminución correlativa con una mayor generalización del placer singularizado) son posibles. Y viceversa.

La película “No”, que trata del plebiscito de 1988, me parece significativa en ese aspecto. De qué se trata la campaña del No? De una alegría que ya viene. Cuál es la alegría que esa campaña muestra? Es la alegría de la justicia? Es la alegría de la libertad? Es la alegría de la igualdad? Es esa alegría que no puede tener otra forma que la del individuo reconociéndose en sus relaciones sociales, o dicho al revés, de la alegría de las relaciones sociales en las que el individuo se reconoce como un sujeto existiendo en un mundo común con los demás? No, no es esa la alegría de la campaña publicitaria del No. La alegría de esa campaña es la alegría de los placeres singularizados, de la imagen publicitaria que lo produce, y que no incita ni invita a realizar la alegría de la justicia, de la libertad y de la igualdad, sino aquella de la televisión misma, la de una alegría que se puede vivir del otro lado del televisor sin necesidad de encontrarse con los demás, sin necesidad de comprometerse con un proyecto social, sin necesidad de comprometerse con la realización de la justicia, sin necesidad de encontrarse con otros en la lucha por la igualdad, sin necesidad de manifestar otra libertad que la de votar No, pero principalmente sin el placer de todo ello, sin el goce de vivir en un mundo común diferente del placer parcelario continuo de las unidades de capitalización. Es en este sentido que me parece importante afirmar que la comunicación, y la televisión en particular, son los mecanismos operatorios privilegiados de una política neoliberal.

Frente a ellos qué hacer? No es mi intención indicar aquí una suerte de programa a seguir, sino tan solo participar en la explicitación de los aspectos que me parecen necesarios para una crítica del neoliberalismo en general, y en Chile en particular. En primer lugar, analizar la lógica del neoliberalismo como una lógica efectiva. En segundo lugar, estudiar cómo esa lógica depende de un principio que se llama concurrencia, cuyo mecanismo es la conversión del sujeto social en unidad de capitalización. En tercer lugar, observar cómo ese mecanismo se reitera en los diferentes ámbitos de la existencia social de los individuos. En cuarto lugar, enunciar los operadores culturales por medio de los cuales ese mecanismo se hace efectivo a diferentes niveles, en particular en lo que se refiere a lo que aquí he llamado placer parcelario continuo o alegría neoliberal. En quinto lugar, reflexionar sobre la manera de revertir el proceso y la dirección de la singularización y la capitalización, a través de la articulación de los individuos en dirección de la institución de lazos de colectividad. Desmontar la lógica de la concurrencia a partir de la supresión de la singularización de las relaciones entre los individuos, entre los individuos y las instituciones del Estado, entre las instituciones del Estado ellas mismas. En sexto lugar, poner atención en los movimientos actuales que se sitúan por fuera del neoliberalismo, reclamando justicia, igualdad y libertad, y que de hecho se oponen al placer parcelario descubriendo el placer de manifestarse



libremente y colectivamente. Finalmente, insistir en que a esta alegría neoliberal podemos oponer otra alegría, la del goce de vivir en un mundo común posible no gracias al consenso y a los acuerdos, sino gracias a la acción misma de manifestar la divergencia y de exigir la justicia y la igualdad.